

Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Primera reimpresión, 2002
Segunda reimpresión, 2011

Título original
La société féodale

© Éditions Albin Michel, 1968

© Ediciones Akal, S. A., 1986
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-7600-262-9
Depósito legal: M-186-2011

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

MARC BLOCH

LA SOCIEDAD FEUDAL

Traducción de:
Eduardo Ripoll Perrelló



dos y pretendientes desengañados, llegó finalmente a agotar las fuentes. En adelante, las levas de hombres y de navíos eran monopolizadas por los Estados, que organizaron especialmente con cuidado minucioso la requisa de embarcaciones. Por otra parte, los reyes no favorecían las expediciones aisladas, que fomentaban el espíritu de turbulencia y proporcionaban a los que se encontraban fuera de la ley fáciles refugios, así como a los conspiradores —como nos lo cuenta la saga de San Olaf— el medio de acumular las riquezas necesarias para sus negros proyectos. Se dijo que Svein, una vez dueño de Noruega, las prohibió. Los jefes se habituaron poco a poco a una vida más regular, en la que las ambiciones procuraban saciarse en la misma patria, junto al soberano o sus rivales. Para procurarse tierras nuevas, se fomentó la roturación interior. Quedaban las conquistas monárquicas, como las que llevó a cabo Canuto y las que ensayó Haraldo el del *Consejero Duro*. Pero los ejércitos reales eran máquinas pesadas, difíciles de poner en marcha en Estados de armazón tan poco estable. La última tentativa de un rey de Dinamarca en Inglaterra, en tiempo de Guillermo el Bastardo, fracasó antes de que la flota hubiese levado anclas, a causa de una revolución palatina. Pronto los reyes de Noruega limitaron sus planes a reforzar o establecer su dominación en las islas del Oeste, desde Islandia, a las Hébridas; los reyes de Dinamarca y Suecia, a proseguir contra sus vecinos eslavos, letones y fineses largas campañas, que, a la vez empresas de represalias —pues estos pueblos llevaban la inquietud al Báltico con sus piraterías—, guerras de conquista y cruzadas, no dejaban de parecerse mucho a las incursiones que las orillas del Escalda, del Támesis o del Loira sufrieron durante tanto tiempo.

CAPITULO III

ALGUNAS CONSECUENCIAS Y ALGUNAS ENSEÑANZAS DE LAS INVASIONES

I. EL DESORDEN

De la tormenta de las últimas invasiones, el Occidente salió cubierto de ruinas. Las mismas ciudades no se salvaron, a lo menos de los escandinavos, y si muchas de ellas, después del pillaje o el abandono, se rehicieron, bien o mal, de entre sus ruinas, ésta brecha en el curso regular de su vida las dejó debilitadas para mucho tiempo. Otras, tuvieron menos suerte: los dos principales puertos del Imperio carolingio en los mares septentrionales, Durstesde, en la delta del Rin, y Quentovic, en la desembocadura del Canche, perdieron toda su categoría, convirtiéndose, el primero, en una mediocre aldea, y el segundo, en un pueblecito de pescadores. A lo largo de las vías fluviales, los intercambios perdieron toda seguridad: en el 861, los mercaderes parisien- ses, huyendo con su flotilla, fueron alcanzados por las barcas normandas y conducidos a la cautividad. El campo, sobre todo, sufrió atrocemente y algunas comarcas se convirtieron en verdaderos desiertos. En la región de Toulon, después de la expulsión de los bandidos del Freinet, la tierra tuvo que ser roturada de nuevo; y como los antiguos límites de las propiedades ya no eran reconocibles, cada uno, dice un documento, “se apoderaba de la tierra según sus fuerzas”.¹ En la Turena, recorrida tan frecuentemente por los vikingos, una acta del 14 de septiembre del año 900 nos muestra un pequeño señorío en Vontes, en el valle del Indre, y un pueblo entero en Martigny, en el Loira. En Vontes, cinco hombres de condición servil “podrían conservar la tierra si hubiese paz”. En Martigny, se enumeran cuidadosamente los censos. Pero, con referencia al pasado, pues si aún se distinguen diecisiete unidades de *tenures* o mansos, ya no producen nada. Dieciséis jefes de familia viven solamente sobre esta tierra empobrecida: uno menos que el número de mansos, por consiguiente, mientras que, normalmen-

¹ *Cartulaire de l'abbaye de Saint-Victor-de-Marseille*, ed. GUÉRARD, n.º [XXVII].

te, cada parte de estos hubiera estado ocupada por dos o tres parejas, como mínimo. Entre los hombres, muchos no tienen "ni mujeres ni niños." Y se repite de continuo la misma trágica frase: "Estas gentes podrían guardar y cultivar su tierra si hubiera paz."² De todas formas, no todas las devastaciones eran obra de los invasores. Pues, para reducir al enemigo a la impotencia, no se dudaba en destruir el propio país. En el 894, como una banda de vikingos se viera obligada a refugiarse en el viejo recinto romano de Chester, la hueste inglesa, dice la crónica, "se llevó todo el ganado de los alrededores de la plaza, quemó las cosechas e hizo que los caballos se comieran todos los frutos de las tierras vecinas".

Más que ninguna otra clase social, la de los campesinos se desesperaba. Hasta el punto de que, en varias ocasiones, entre Sena y el Loira y cerca del Mosela, se les vio juramentarse y correr tras los bandidos. Sus tropas, mal organizadas, fueron cada vez pasadas a cuchillo.³ Pero no eran los únicos en sufrir las consecuencias de la desolación de los campos. Las ciudades, incluso cuando sus murallas resistían, pasaban hambre. Los señores, que sacaban sus rentas de la tierra, se encontraban empobrecidos. En particular, los señoríos eclesiásticos vivían con grandes dificultades. De lo que se derivaba —como más tarde, después de la guerra de los Cien Años— una profunda decadencia del monacato y, como consecuencia, de la vida intelectual. Inglaterra fue quizá el país más perjudicado. En el prefacio de la *Regla Pastoral* de Gregorio el Grande, cuya traducción estuvo a su cuidado, el rey Alfredo evoca dolorosamente "los tiempos en que, antes de que todo fuese saqueado o quemado, las iglesias inglesas rebosaban de tesoros y de libros".⁴ De hecho, fue el toque de agonía de esta cultura eclesiástica anglosajona, que poco antes influyó sobre toda Europa. Pero, sin duda, el efecto más duradero, en todos los lugares, se resumió en una terrible pérdida de fuerzas. Cuando se hubo restablecido una seguridad relativa, los hombres, disminuidos en número, se encontraron ante vastas extensiones, antes cultivadas y ahora cubiertas por la maleza. La conquista del suelo virgen, todavía tan abundante, se retrasó por más de un siglo.

Estos estragos materiales no eran únicos, pues hay que tener también en cuenta el choque mental. Este fue tanto más profundo porque la tempestad, sobre todo en el Imperio franco, sucedía a una calma relativa. Sin duda, la paz carolingia no era muy antigua y nunca llegó a ser completa, pero la memoria de los hombres es corta y su capacidad de ilusiones, insondable. Nos lo atestigua la historia de las fortificaciones de Reims, que, además, se repitió, con algunas variantes, en más de alguna otra ciudad.⁵ En tiempo de Luis el Piadoso, el arzobis-

² Bibl. Nacional de París, Baluze 76, fol. 99 (900, 14 sept.).

³ Ann Bertiniani, 859 (con la corrección propuesta por F. LOT, *Bibl. Ec. Chartes*, 1908, p. 32, n.º 2). — REGINO DE PRÜM, 882. — DUDON DE SAINT-QUENTIN, II, 22.

⁴ King, *Alfred's West Saxon Version of Gregory's Pastoral Care*, ed. SWEET (E.E.S., 45), p. 4.

⁵ Cf. VERCAUTEREN, *Étude sur les cités de la Belgique seconde*, Bruselas, 1934, p. 371, n.º 1; cf. para Tournai, V.S. Amandi, III, 2 (*Poetae aevi carol.*, t. III, p. 589).

po solicitó del emperador el permiso para sacar piedras de la antigua muralla romana y emplearlas en la reconstrucción de su catedral. El monarca, que, escribe Flodoardo, "disfrutaba entonces de una paz profunda y, orgulloso del poder de su Imperio, no temía ninguna incursión de bárbaros", dio su consentimiento. Apenas transcurridos cincuenta años, llegaron de nuevo los bárbaros y se tuvieron que construir a toda prisa nuevas fortificaciones. Los muros y las empalizadas con las que entonces Europa empezó a erizarse, fueron como el símbolo visible de una gran angustia. En adelante, el pillaje se convirtió en un acontecimiento familiar, que las personas prudentes preveían en sus contratos. Tal es, ese arrendamiento rural de los alrededores de Luca que, en el 876, estipulaba la suspensión del alquiler "si la nación pagana quema o devasta las casas y su contenido o el molino";⁶ o también, dieciocho años más tarde, el testamento de un rey de Wessex: las limosnas con que carga sus bienes se pagarán sólo si cada tierra así gravada "continúa poblada de hombres y de ganado y no cambia en desierto".⁷ Diversas en sus aplicación, semejantes por el sentimiento, trémulas oraciones, que nos han conservado algunos libros litúrgicos, se rezaban de uno a otro extremo de Occidente. En Provenza: "Trinidad eterna... libra a tu pueblo cristiano de la opresión de los paganos" (que en este caso, como es lógico, son los musulmanes). En el norte de la Galia: "de la feroz nación normanda, que devasta nuestros reinos, líbranos, oh Señor". En Módena, se dirigían a San Geminiano: "contra las flechas de los húngaros, sed nuestro protector".⁸ Imaginemos, por un minuto, el estado de espíritu de los fieles que, cada día, se asociaban a estas imploraciones. No es en vano que una sociedad vive en situación de continua alerta. Es verdad que las incursiones árabes, húngaras o escandinavas no tenían toda la responsabilidad de la sombra que pesaba sobre las almas. Pero sí una amplia parte.

Sin embargo, la sacudida no fue sólo destructora. Del mismo desorden nacieron ciertas modificaciones, a veces profundas, en las líneas fundamentales de la civilización occidental.

En la Galia, tuvieron lugar desplazamientos de población que, si pudiéramos hacer algo más que adivinarlas, nos parecerían sin duda trascendentales. A partir de Carlos el Calvo, vemos al gobierno preocuparse, con poco éxito, de devolver a sus hogares a los campesinos que huían del invasor. ¿Podemos creer que los habitantes del Bajo Limousin, que varios textos nos muestran buscando asilo en la montaña, volvieran cada vez a su punto de partida? Así, las llanuras, en particular la de Borgoña, parece que estuvieron más afectadas por la despoblación que las tierras altas.⁹ Entre los antiguos lugares que, en

⁶ *Memorie e documenti per servir all'istoria del ducato di Lucca*, t. V, 2, n.º 855.

⁷ Testamento del rey Etelwulfo, en *Asser's Life of King Alfred*, ed. W. H. STEVENSON, c. 16.

⁸ R. POUPARDIN, [126], p. 408. — L. DELISLE, *Instructions adressées par le Comité des travaux historiques... Littérature latine*, 1890, p. 17. — MURATORI, *Antiquitates*, 1738, t. I, col. 22.

⁹ *Capitularia*, t. II, n.º 273, c. 31. — F. LOT, en *Bibl. Ec. Chartes*, 1915, p. 486. — CHAUME, *Les origines du duché de Bourgogne*, t. II, 2, p. 468-469.

todas partes, desaparecieron, no todos fueron destruidos a sangre y fuego. Muchos fueron simplemente abandonados por refugios más seguros: como de ordinario, el peligro universal llevaba a la concentración de la población. Mejor que las peregrinaciones de los laicos, conocemos las de los monjes. Como, a lo largo de los caminos del exilio, llevaban consigo, con sus cajas de reliquias, sus piadosas tradiciones, se produjo un movimiento legendario muy propicio para fortificar, al propio tiempo que el culto de los santos, la unidad católica. En especial, el gran éxodo de las reliquias bretonas llevó muy lejos el conocimiento de una hagiografía original, acogida con facilidad por las almas a las que agradaba la singularidad misma de sus milagros.

Como consecuencia de una ocupación extranjera muy extendida y persistente, fue en Inglaterra donde el mapa político y cultural sufrió alteraciones más sensibles. El hundimiento de los reinos, hasta hace pocos poderosos, de Northumbria, en el Noreste, y de la Mercia, en el Centro, favoreció la ascensión del Wessex, empezada ya en el período precedente, y convirtió a los reyes surgidos de esta tierra meridional en "emperadores de toda la Bretaña", como dice uno de sus documentos:¹⁰ herencia de Canuto, y, después, Guillermo *el Conquistador*, tenían que limitarse a recoger de sus manos. Las ciudades del Sur, Winchester y, más tarde, Londres, atrajeron en adelante a los tesoros guardados en sus castillos el producto de los impuestos recaudados en todo el país. Los monasterios de Northumbria habían sido ilustres centros de estudio; allí vivió Beda, y de allí partió Alcuino. Los pillajes de los daneses, a los que vinieron a sumarse los saqueos sistemáticos emprendidos por Guillermo *el Conquistador*, con el fin de castigar y prevenir las sublevaciones, pusieron fin a esta hegemonía intelectual. Es más: una parte de la zona septentrional escapó para siempre de la propia Inglaterra. Cortadas de las otras poblaciones de igual lengua por el establecimiento de los vikingos en el Yorkshire, las tierras bajas de habla anglosajona, alrededor de la ciudadela northumbria de Edimburgo, cayeron bajo la dominación de los jefes celtas de las montañas. De esta forma el reino de Escocia, en su dualidad lingüística, fue por contragolpe, una creación de la invasión escandinava.

II. LA APORTACIÓN HUMANA: EL TESTIMONIO DE LA LENGUA Y DE LOS HOMBRES

Ni los bandidos sarracenos, ni, fuera de la llanura danubiana, los andariegos húngaros mezclaron su sangre, en proporción apreciable, a la de la vieja Europa. Los escandinavos, por el contrario, no se limitaron sólo al pillaje: en sus establecimientos de Inglaterra y de la Normandía neustria introdujeron un elemento humano nuevo. ¿Cómo medir esta aportación? Los datos antropológicos son incapaces de proporcionar nada seguro en el estado actual de la ciencia. Es necesari-

¹⁰ JOLLIFFE [158], p. 102.

rio recurrir, resumiéndolos, a diversos testimonios de naturaleza más indirecta.

Entre los normandos del Sena, en los alrededores de Ruán, desde 940 aproximadamente, la lengua nórdica cesó de ser de uso general. Contrariamente, en esta época continuaba siendo hablada en el Bessin, quizás poblado en tiempos más tardíos por una nueva corriente de emigrados; y su importancia en el principado seguía siendo lo bastante grande para que el duque reinante creyese necesario hacerla aprender a su heredero. Por una coincidencia sorprendente, en este momento podemos observar, por última vez, la existencia de grupos paganos con suficiente fuerza para desempeñar un importante papel en los disturbios que siguieron a la muerte del duque Guillermo de la Larga Espada, asesinado en el 942. Hasta los primeros años del siglo XI, alrededor de estos "condes de Ruan" largo tiempo fieles, nos dice una saga, "al recuerdo de su parentesco" con los jefes del Norte,¹¹ debieron existir hombres que, sin duda bulingües, eran capaces de usar idiomas escandinavos. De otra forma no se podría explicar cómo, hacia el año mil, los allegados de la vizcondesa de Limoges, raptada en las costas del Poitou por una banda de vikingos y llevada por sus raptos "más allá de los mares", recurrieran para obtener su liberación a los buenos oficios del duque Ricardo II; que este mismo príncipe, en 1013, tomase a su servicio las hordas de Olaf y que, al año siguiente, algunos de sus súbditos pudiesen combatir en el ejército del rey danés de Dublín.¹² Sin embargo, desde este momento, favorecida a la vez por el acercamiento religioso y por la disminución de las aportaciones humanas, que en el período inmediato a la conquista se sucedieron con cortos intervalos, la asimilación lingüística debía estar casi terminada; Adémar de Chabannes, que escribía en 1028 o poco antes, la consideraba realizada.¹³ Del habla de los compañeros de Rollon, el dialecto románico de Normandía y, por su mediación, el francés vulgar, no tomaron más que algunas palabras técnicas, que casi todas —dejando aparte de manera provisional la vida agraria— se refieren a la navegación o a la topografía de las costas; *havre* y *crique*, por ejemplo. Si las palabras de este tipo continuaron vivas, a pesar de la influencia románica, fue por la imposibilidad de hallar equivalentes en el lenguaje de un pueblo del interior, tan torpe para construir navíos como para describir la fisonomía de un litoral.

En Inglaterra, la evolución siguió otros caminos. Como en el continente, los escandinavos no persistieron en su aislamiento lingüístico; aprendieron el anglosajón, pero de una manera muy particular. Sometiéndose bien o mal a su gramática y adoptando una gran parte de su léxico, no dejaron de introducir palabras de su lengua original. En contacto estrecho con los inmigrados, los indígenas, a su vez, se acostumbraron a usar con amplitud este vocabulario extranjero. El nacio-

¹¹ *Saga d'Olaf le Saint*, c. XX (trad. SAUTREAU, p. 24).

¹² ADÉMAR DE CHABANNES, *Chronique*, ed. CHAVANON, III, c. 44 (acerca de la aventura de la presencia de contingentes normandos en la batalla de Clontarf).

¹³ III, c. 27.

nalismo de la palabra y del estilo era entonces un sentimiento desconocido, incluso entre los escritores más aferrados a las tradiciones de su pueblo. ¿Acaso uno de los más antiguos ejemplos de préstamos tomados a la lengua de los vikingos, no lo tenemos en el canto de la batalla de Maldon, que enaltece la gloria de los guerreros de Essex, caídos, en el 991, en un combate contra una banda de estos "locos asesinos"? No es necesario aquí hojear diccionarios técnicos. Nombres muy usuales, tales como "cielo" (*sky*) o "compañero" (*fellow*); adjetivos de uso tan corriente como "bajo" (*low*) o "enfermo" (*ill*); verbos continuamente empleados como "llamar" (*to call*) o "tomar" (*to take*); hasta algunos pronombres (los de la tercera persona del plural); tantos términos que nos parecen hoy día típicamente ingleses y que, en realidad, con muchos otros, nacieron en el Norte. De suerte, que los millones de hombres que en el siglo XX hablan, por todo el mundo, la más extendida de las lenguas europeas, se expresarían en su vida cotidiana de forma muy distinta si las costas de Northumbria no hubieran visto jamás las barcas de los "hombres del mar".

Muy imprudente sería, sin embargo, el historiador que, comparando esta riqueza con la pobreza de la deuda contraída por el francés con las lenguas escandinavas, imaginase entre las cifras de las poblaciones inmigradas una diferencia exactamente proporcional a la de los préstamos lingüísticos. La influencia de una lengua que muere sobre otra en competencia que sobrevive, no puede calcularse con exactitud por el número de individuos a los que la primera servía originalmente de medio de expresión. Las condiciones propias a los hechos del lenguaje no tienen un papel menos considerable. Separados por un verdadero abismo de los dialectos románicos de la Galia, el danés y el noruego, en la época de los vikingos, se acercaban, por el contrario, al viejo inglés, nacido como ellos del tronco germánico común. Tanto por el valor semántico, como por la forma, algunas palabras eran iguales. Otras, que tenían el mismo sentido, ofrecían formas cercanas, entre las que se podía titubear. Incluso donde un vocablo escandinavo suplantó al inglés, de aspecto muy distinto, la introducción fue facilitada con frecuencia por la presencia, en la lengua indígena, de otras palabras que, por tener la misma raíz, se relacionan con un orden de ideas análogo. De todas suertes, la formación de esta especie de jerga quedaría inexplicada si muchos escandinavos no hubiesen vivido en el territorio inglés y mantenido constantes relaciones con los antiguos habitantes.

Si muchos de estos préstamos acabaron por infiltrarse en la lengua vulgar, fue casi siempre por mediación de los dialectos propios de Inglaterra del Norte y del Nordeste. Otros, quedaron confinados en estos dialectos. En efecto, allí —en particular en el Yorkshire, Cumberland, Westmoreland, norte de Lancashire y región de los "Five Boroughs" (Lincoln, Stamford, Leicester, Nottingham y Derby)— los nobles, llegados de más allá de los mares, organizaron sus señoríos más importantes y duraderos. También en esta región y con gran intensidad, había tenido lugar la ocupación del suelo. Las crónicas anglosa-

jonas cuentan que, en el 876, el jefe vikingo que residía en York cedió la región de Deira a sus compañeros "y estos desde entonces la cultivaron." Y más tarde, en el año 877: "después de la cosecha, el ejército danés ocupó la Mercia y se atribuyó una parte". Acerca de esta ocupación campesina, las indicaciones de la lingüística, cuyo interés no es menor, confirman plenamente el testimonio de los narradores. Pues la mayor parte de las palabras cedidas designaban objetos humildes o acciones familiares y sólo los rurales, en íntimo contacto con otros rurales, podían enseñar a sus vecinos nombres nuevos, para el pan (*bread*), el huevo (*egg*) o la raíz (*root*).

La importancia, en suelo inglés, de esta aportación resalta con no menos nitidez del estudio de los nombres de persona. Los más instructivos no son los que usaban las clases altas, pues, para ellas, la elección obedecía ante todo a los prestigios de una moda jerárquica, seguida con tanta más voluntad cuanto que ningún otro principio le hacía competencia en los siglos X y XI: las reglas de la transmisión familiar perdieron toda vigencia; los padrinos no tenían todavía la costumbre de imponer sus nombres a sus ahijados, ni los padres y la madres, incluso entre las personas más piadosas, la de dar únicamente santos por epónimos a sus hijos. De hecho, después de la conquista de 1066, los nombres de origen escandinavo, hasta entonces muy extendidos entre la aristocracia inglesa, no tardaron más de un siglo en ser unánimemente abandonados por todos los que pretendían una cierta distinción social. Por el contrario, continuaron durante mucho tiempo en uso en las masas campesinas e incluso en las burguesas, a las que no asaltaba la idea de asimilarse a una casta victoriosa: en Anglia Oriental, hasta el siglo XIII; en los condados de Lincoln y de York, hasta el siglo siguiente; en el de Lancaster, hasta los últimos tiempos de la Edad Media. Naturalmente, nada autoriza a pensar que entonces fuesen llevados de manera exclusiva por los descendientes de los vikingos. ¿Cómo no creer, por el contrario, que en el campo, en el interior de una misma clase social, la imitación y los matrimonios no habían ejercido su acción habitual? Pero estas influencias sólo pudieron ejercerse porque los inmigrantes se establecieron en gran número entre los antiguos habitantes, para vivir, junto a ellos, la misma vida humilde.

Acerca de la Normandía neustria, lo poco que permite entrever la lamentable falta de investigaciones eruditas conduce a imaginar una evolución sensiblemente paralela a la de los condados ingleses más influidos por los escandinavos. Aunque el uso de algunos nombres de origen nórdico, como Osbern, se conservase entre la nobleza hasta el siglo XII, al menos, las clases sociales altas, en su conjunto, parecen haber seguido pronto las modas francesas. El propio Rollon dio el ejemplo, haciendo bautizar a su hijo, nacido en Ruan, con el nombre de Guillermo. Desde entonces, ningún duque volvió en este punto a las tradiciones ancestrales; es evidente que no deseaban distinguirse de los otros grandes nobles del reino. Del mismo modo que en la Gran Bretaña las capas inferiores de la población se mantuvieron mucho más

fieles a la tradición, como lo atestigua la actual existencia, en la región normanda, de un cierto número de patronímicos sacados de antiguos nombres escandinavos. Por lo que sabemos de la onomástica, no podemos pensar que se pudieran fijar, hereditariamente, antes del siglo XIII. Aunque en menor número e intensidad que en Inglaterra, estos hechos evocan la existencia de un cierto poblamiento campesino.

Así, en las propias regiones donde habían creado tantos vacíos, los vikingos, llegado el momento, fundaron más de un nuevo establecimiento; de esto, la toponimia nos ha de proporcionar suficientes pruebas.

A decir verdad, en Normandía no es fácil separar los nombres de lugar escandinavos de los de un substrato germánico, más antiguo, que provendría de una colonización sajona contemporánea de las invasiones bárbaras y muy bien atestiguada, como mínimo en el Bessin. Parece, sin embargo, que las dudas, en la mayoría de los casos, hay que resolverlas en favor de la inmigración más reciente. Si, por ejemplo, se establece, como es fácil hacerlo con bastante exactitud, la lista de las tierras que poseían alrededor del Bajo Sena los monjes de Saint-Wandrille, hacia el final de la época merovingia, se desprenden dos enseñanzas características: los nombres son todos galorromanos o de la época franca, sin confusión posible con la aportación nórdica posterior; una gran parte son imposibles de identificar, justamente porque en tiempos de la invasión normanda la mayoría de los centros de población fueron destruidos o perdieron su nombre.¹⁴ Pero en el presente caso sólo nos interesan los fenómenos de masa, que son los menos sujetos a caución. Los pueblos con desinencia escandinava se agrupan, muy próximos unos a otros, en el Roumois y el Caux. Más allá se espacian, si bien se encuentran algunas pequeñas constelaciones relativamente agrupadas, como la que, entre el Sena y el Risle, junto al bosque de Londe —cuyo nombre es también nórdico—, recuerda las roturaciones de colonos familiarizados, ya en su madre patria, con la vida de la gente de los bosques. Según todas las apariencias, los conquistadores evitaban, a la vez, el dispersarse con exceso y el alejarse demasiado del mar. Parece que no puede señalarse ninguna huella de su ocupación en el Vexin, el Alençonnais o la región de Avranches.

Al otro lado del canal se encuentran los mismos contrastes, si bien repartidos sobre espacios más vastos. Muy densos en el gran condado de York y en las regiones que, al sur de la bahía de Solway, bordean el mar de Irlanda, los nombres característicos —escandinavos por completo o, en ocasiones, escandinavizados— van clareando a medida que se pasa hacia el Mediodía o el Centro, hasta el punto de reducirse a unas pocas unidades cuando, con los condados de Buckingham y Bedford, se llega a las proximidades de las colinas que limitan la llanura del Támesis por el Nordeste.

Cierto que no todos los lugares bautizados a la moda de los vikin-

¹⁴ Cf. F. LOT, *Études critiques sur l'abbaye de Saint-Wandrille*, 1913 (Bibl. École Hautes Études, Sc. histor., fasc. 204), p. xiii y sigs. y p. L. n.º 2.

gos eran aglomeraciones nuevas o de población completamente renovada. Existen excepciones, probadas por hechos indiscutibles. Los colonos que al fijarse a orillas del Sena, en la salida de un pequeño valle, imaginaron llamar a este establecimiento, en su lengua, “el riachuelo frío” —ahora, Caudebec—, no se puede poner en duda que eran todos, o casi todos, de habla nórdica. Muchos lugares, en el norte del Yorkshire, se llaman “pueblo de los Ingleses”, *Inglegy* (la partícula *by* es, de otra parte, indiscutiblemente escandinava), denominación que hubiese estado desprovista de sentido si, en un momento y en un lugar dado de la vida del país, el poseer una población inglesa no hubiese sido algo muy particular. En los sitios donde, al propio tiempo que la aglomeración urbana, los demás sectores de la comarca tomaron nombres importados, es evidente que la humilde toponimia de los campos no pudo ser renovada de esta forma más que por gentes campesinas. Este caso es frecuente en el nordeste de Inglaterra. Por lo que se refiere a Normandía, tenemos que confesar de nuevo que la investigaciones son insuficientes. Por desgracia, otros testimonios ofrecen menor seguridad. Tanto en Inglaterra como a orillas del Sena, un gran número de aldeas se designan por un nombre compuesto, cuyo primer término es siempre un nombre de hombre, de origen escandinavo. Pero que este personaje epónimo, en el que hay que ver seguramente un jefe, fuese un inmigrado no implica que todos sus súbditos tuvieran el mismo origen. Entre los labrantines de cuyo trabajo vivía Hastein, señor de Hattentot en Caux o Tofi, señor de Towthorpe en el Yorkshire, ¿quién nos dirá cuántos, antes de la llegada de estos amos, de generación en generación, habían vivido ya en el suelo que regaban con sus sudores? Estas reservas se imponen aún con más evidencia cuando, en el doble nombre, el segundo elemento, que en los ejemplos precedentes era, como el primero, de procedencia extranjera, pertenece, por el contrario, a la lengua indígena. Los hombres que al hablar de la tierra del noble Hakon, la llamaban Hacquenville, habían olvidado la lengua de los invasores o, con más probabilidad, no la usaron nunca.

III. LA APORTACIÓN HUMANA: EL TESTIMONIO DEL DERECHO Y DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

En el terreno jurídico, los testimonios también son de desigual importancia. Muchas influencias se explican por la presencia del grupo de gobernadores extranjeros. En la Inglaterra conquistada, por ejemplo, comoquier que los señores administraban justicia, habituaron a sus súbditos, incluso a los ingleses, a invocar la ley bajo el nombre familiar a los hombres de más allá de los mares: *lagulaw*. A la manera del mundo nórdico, dividieron el país en circunscripciones: *wapentakes*, *ridings*. Bajo la acción de los jefes inmigrados, se introdujo un Derecho completamente nuevo. Hacia el 962, después de las victorias de los reyes de Wessex, uno de ellos, Edgardo, declaraba: “Ordeno que entre los daneses el Derecho secular continúe regulado según sus bue-

nas costumbres.”¹⁵ De hecho, los condados que poco antes Alfredo tuvo que abandonar a los vikingos continuaron, en su mayor parte, hasta el siglo XII, reunidos bajo la denominación común de “país de ley danesa” (*Danelaw*). Pero la región así llamada, se extendía mucho más allá de los límites en el interior de los cuales la toponimia señala un intenso poblamiento escandinavo; lo que se debe a que, en cada territorio, los usos jurídicos eran fijados por grandes asambleas judiciales locales, en las que los poderosos, muchas veces de distinto origen que la masa, tenían voz preponderante. En Normandía, aunque el vasallo continuó durante algún tiempo siendo designado con el término importado de *dreng* y la legislación de paz conservó, hasta el fin, la huella escandinava, estas supervivencias son de las que no permiten ninguna conclusión cierta sobre la amplitud de la inmigración, pues el vocabulario del vasallaje, afectaba a un medio muy restringido, y el orden público era, por esencia, cosa del príncipe.¹⁶ En su conjunto, y haciendo excepción, como veremos, de ciertas particularidades relativas a la jerarquía de las clases militares, el Derecho normando perdió muy rápidamente todo color étnico original. Sin duda, la misma concentración de la autoridad en manos de los duques, que muy pronto se complacieron en adoptar las costumbres de la aristocracia francesa, era más favorable a la asimilación jurídica que, en el *Danelaw*, el fraccionamiento de los poderes.

En ambos lugares, para medir la profundidad de la ocupación escandinava hay que observar, con preferencia, la estructura de los grupos inferiores en dimensiones a la provincia o al condado; las villas inglesas, de las que muchas, como Leicester y Stamford, durante largo tiempo conservaron las tradiciones judiciales de los guerreros y mercaderes establecidos allí en el momento de la invasión; y sobre todo, en Normandía, lo mismo que en Inglaterra, las pequeñas colectividades rurales.

El conjunto de tierras dependientes de la casa rural se llamaba, en la Dinamarca medieval, *bol*. La palabra pasó a Normandía, donde se fijó más tarde en algunos nombres de lugar y también tomó el sentido de *cercado*, comprendiendo, con el jardín o el huerto, los edificios de explotación. En la llanura de Caen y en una gran parte del *Danelaw*, una misma palabra designa, en el interior de las fincas, los conjuntos de parcelas alargadas una junto a otra siguiendo una orientación paralela: *delle* en Francia, *dale* en Inglaterra. Una coincidencia tan sorprendente entre dos zonas sin relaciones directas entre sí, no puede explicarse más que por una influencia étnica común. La región de Caux se distingue de las regiones francesas cercanas por la forma particular de sus campos, que son toscamente cuadrados y repartidos como al azar; esta originalidad parece suponer una remoción rural, posterior

¹⁵ Ketes de Edgardo, IV, 2, 1.

¹⁶ Acerca de la palabra *dreng*, STEENSTRUP, [252], p. 268. Acerca de la legislación de paz. YVER, [294] bis. Se puede leer con provecho el artículo de K. AAMIRA (a propósito de Steenstrup *Normannerne*, t. I): *Die Anfänge des normannischen Rechts*, en *Hits. Zeitschrift*, t. XXXIX, 1878.

al poblamiento de los alrededores. En la Inglaterra *danesa*, la mudanza fue lo bastante grave para producir la desaparición de la unidad agraria primitiva, la *hide*, y su sustitución por otra medida más pequeña, la *charruée*.¹⁷ Algunos jefes satisfechos de ocupar sobre los villanos nacidos en la misma tierra el lugar de los antiguos señores, ¿hubieran tenido el deseo o la fuerza suficiente para transformar de este modo el modesto léxico de los campos o para modificar el dibujo de los límites de las fincas?

Aún hay más. Entre la estructura social del *Danelaw* y la de Normandía, se marca un rastro común que muestra un profundo parentesco de las instituciones. El vínculo servil que, en el resto del norte de Francia, establecía entre el señor y su *hombre* una relación hereditaria tan fuerte y tan dura, las tierras normandas no lo conocieron en absoluto o si, quizá antes de Rollon, empezó a formarse, su desarrollo se interrumpió entonces por completo. Asimismo, el norte y el noreste de Inglaterra se caracterizaron durante mucho tiempo por la extensión de las inmunidades campesinas. Entre los pequeños agricultores, muchos, aunque generalmente dependientes de tribunales señoriales, tenían categoría de hombres libres por completo: podían cambiar de señorío a voluntad; enajenaban sus tierras según sus conveniencias y, en total, soportaban cargas menos pesadas y mejor reguladas que las que pesaban sobre algunos de sus vecinos menos favorecidos, es decir, fuera de la tierra *danesa*, sobre la mayor parte de los villanos o pecheros.

Luego, es seguro que en la época de los vikingos el régimen señorial era en absoluto extraño a los pueblos escandinavos. Sin embargo, los conquistadores que, poco numerosos, se limitaban a vivir del trabajo de las poblaciones vencidas, no debieron repugnar el mantener a éstas en la antigua sujeción. El hecho de que los invasores hubieran transportado a sus nuevos establecimientos sus tradicionales costumbres de independencia campesina habría supuesto, con toda evidencia, un poblamiento mucho más intenso y masivo; no era una servidumbre ignorada en la madre patria lo que los guerreros, cambiando, después del reparto de la tierra, la lanza por el arado o la azada venían a buscar tan lejos. Sin duda, con bastante rapidez, los sucesores de los primeros llegados debieron aceptar algunos de los cuadros de mando que imponían las condiciones del ambiente. Los jefes inmigrados se esforzaron en imitar el fructuoso ejemplo de sus iguales de otra raza. Y una vez reinstalada, la Iglesia, que sacaba de las rentas señoriales lo mejor de su subsistencia, actuó en un sentido análogo. Ni Normandía ni el *Danelaw* fueron países sin señorío, pero, durante largos siglos, la subordinación fue en ellos menos estricta y general que en otras partes.

Vemos, pues, que todo conduce a las mismas conclusiones. Ningun-

¹⁷ Creemos que se equivoca M. JOLLIFFE cuando, contrariamente a la opinión general de los eruditos ingleses, rehusa reconocer en la “charruée” del nordeste de Inglaterra un efecto de los trastornos causados por la invasión escandinava; véase, en especial, *The era of the folk*, en Oxford Essays in medieval history presented to H. E. Salter, 1934. [Es el trabajo de un hombre durante un día arando con una yunta.]

na imagen tan falsa como el representarse, por el ejemplo de los compañeros¹⁸ franceses de Guillermo el Conquistador, a los inmigrados escandinavos únicamente bajo el aspecto de una clase de jefes. Ciertamente, en Normandía, como en el norte y nordeste de Inglaterra, fueron muchos los guerreros campesinos, semejantes a los representados en la estela sueca, que desembarcaron de las suaves nórdicas. Establecidos una vez en los espacios arrebatados a los antiguos ocupantes o abandonados por los fugitivos, y otras, en los intersticios del primitivo sistema de poblamiento, estos colonos fueron los suficientes para crear o repoblar pueblos enteros, para espaciar alrededor de ellos su vocabulario y su onomástica y para modificar, en algunos puntos vitales, la armazón agraria y hasta la misma estructura de las sociedades campesinas, por otra parte ya profundamente trastornadas por la invasión.

No obstante, en Francia, la influencia escandinava fue en suma menos fuerte y, salvo en la vida rural, que es conservadora por naturaleza, se mostró menos perdurable que en tierra inglesa. Acerca de esto, el testimonio de la Arqueología confirma los invocados precedentemente. A pesar de la lamentable imperfección de nuestros inventarios, nadie puede poner en duda que los vestigios del arte nórdico son en Normandía mucho más raros que en Inglaterra. Muchas razones explican estos contrastes. La menor extensión de la región granesa escandinavizada, la hacía más permeable a las acciones exteriores. La antítesis, mucho más radical, entre la civilización autóctona y la civilización importada, por el hecho mismo de no favorecer los cambios entre una y otra, llevaba a la asimilación, pura y simple, de la menos resistente de las dos. El país, verosímilmente, estuvo siempre más poblado, y, por consiguiente, a excepción del Roumois y el Caux devastados de manera salvaje, los grupos indígenas, que habían permanecido en sus tierras después de la invasión, conservaban una mayor densidad. Por último, llegados en algunas oleadas durante un período muy corto —mientras que en Inglaterra el aflujo por olas sucesivas se prosiguió durante más de dos siglos— los invasores fueron, incluso proporcionalmente al terreno ocupado, en número sensiblemente menor.

IV. LA APORTACIÓN HUMANA: PROBLEMAS DE PROCEDENCIA

Poblamiento más o menos intensivo por gentes del Norte, sea, pero, ¿de qué regiones exactamente? La discriminación no era siempre fácil, incluso a los mismos contemporáneos. Entre uno y otro dialecto escandinavo no había mucha diferencia, y las primeras bandas, compuestas de aventureros unidos para el pillaje, estaban según parece muy mezcladas. Sin embargo, los diversos pueblos poseían cada uno sus tradiciones propias y, siempre vivo, el sentimiento que tenían de su in-

¹⁸ *Compagnons*, denominación que se daba, en la época franca, a los guerreros que rodeaban al rey. (N. del R.).

dividualidad nacional, a medida que se constituían los grandes reinos, se fue agudizando. En las tierras conquistadas, daneses y noruegos se enfrentaron en ásperas luchas. Sucesivamente, se vió a estos hermanos enemigos disputarse las Hébridas, los pequeños reinos de la costa irlandesa, el de York y en los Five Boroughs, a las guarniciones danesas llamar, contra el ejército rival, al rey inglés de Wessex.¹⁹ Este particularismo, que provenía a veces de diferencias profundas entre las costumbres étnicas, hace más deseable el poder determinar, establecimiento por establecimiento, el origen preciso de los invasores.

Como se ha visto, entre los conquistadores de Inglaterra bajo Canuto figuraban suecos. Otros tomaron parte en el saqueo de los Estados francos: por ejemplo, ese Gudmar cuyo cenotafio, en la provincia de Södermanland, evoca la muerte "allá, hacia el Oeste, en la Galia".²⁰ No obstante, la mayor parte de sus compatriotas preferían otros caminos: las orillas orientales y meridionales del Báltico estaban demasiado próximas y las presas que ofrecían los mercados de los ríos rusos demasiado tentadoras para que no se les concediese la preferencia. Familiarizados con la ruta marítima que contorneaba la Gran Bretaña por el Norte, los noruegos proporcionaron el mayor contingente a la colonización de los archipiélagos sembrados a lo largo de este periplo, así como a la de Irlanda. Más que de la península escandinava, fue de estas islas de donde partieron para la conquista de Inglaterra. Se explica así que fueran casi los únicos invasores que poblaron los condados de la costa occidental, desde la bahía de Solway hasta el Dee. Más adentro, se señalan aún sus huellas, relativamente abundantes en el oeste del de los Five Boroughs. Pero, en estas tierras, mezclados siempre con los establecimientos daneses. Estos, en toda la zona mixta, fueron en total infinitamente más densos. Es evidente que la mayor parte de los inmigrantes establecidos en el suelo inglés pertenecían al más meridional de los pueblos escandinavos.

Por lo que se refiere a Normandía, las fuentes narrativas son de una desesperante pobreza. Y lo que es peor, se contradicen: mientras que los duques parecen haberse presentado a sí mismos como de origen danés, una saga normanda hace a Rollon noruego. Quedan los testimonios de la toponimia y de las costumbres agrarias, pero unos y otros han sido estudiados de manera insuficiente. La presencia de elementos daneses parece cierta; asimismo la de hombres del sur de Noruega. ¿En qué proporciones? ¿Según qué repartición geográfica? Por el momento, no es posible contestar a estas preguntas. Y si nos arriesgamos a insinuar que los contrastes tan netos entre las tierras del Caux de una parte y las de la llanura de Caen por la otra, podrían relacionarse con una diferencia de poblamiento —los campos irregulares del Caux recuerdan los de Noruega, los alargados del Bessin, los de Dinamarca—, no lanzamos esta hipótesis tan frágil más que con

¹⁹ Cf. ALLEN MAWER, *The redemption of the five boroughs*, en *Engl. Hist. Rev.*, t. XXXVIII, 1923.

²⁰ MONTELIUS, [243], p. 20.

una intención bien clara: la voluntad de no dejar que el lector olvide que la historia tiene aún todo el encanto de una excavación inacabada.

V. LAS ENSEÑANZAS

Que un puñado de bandidos encaramados en una colina provenzal pudiese, casi durante un siglo, esparcir la inseguridad a lo largo de un inmenso macizo montañoso y semitaponar algunos de los caminos vitales de la cristiandad; que durante mayor tiempo aún, pequeñas hordas de jinetes de la estepa pudiesen asolar el Occidente en todos sentidos; que, de año en año, desde Luis *el Piadoso* hasta los primeros Capetos y, en Inglaterra, hasta Guillermo *el Conquistador*, las barcas del Norte lanzasen impunemente a las costas germanas, galas o británicas las bandas dedicadas al saqueo; que, para apaciguar a estos bandidos, fuesen quienes fuesen, fuera necesario entregarles elevados rescates, y, a lo más temibles de ellos, cederles extensos territorios; todo esto forma un conjunto de hechos sorprendentes. Lo mismo que los progresos de la enfermedad señalan al médico la vida secreta de un cuerpo, asimismo, a los ojos del historiador, la marcha victoriosa de una gran calamidad toma, para con la sociedad así atacada, todo el valor de un síntoma.

Los sarracenos del Freinet recibían sus refuerzos por mar; las olas llevaban las naves de los vikingos hasta los terrenos de caza que les eran familiares. Cortar a los invasores el camino marítimo era sin duda el mejor medio de prevenir sus saqueos. Así, vemos a los árabes españoles impidiendo a los piratas escandinavos la navegación por las aguas meridionales; más tarde, las victorias de la flota creada por el rey Alfredo y, en el siglo XI, la limpieza llevada a cabo en el Mediterráneo por las ciudades italianas. Pues bien, al principio al menos, los poderes del mando cristiano manifestaron en este aspecto una incapacidad casi unánime. ¿No se vió a los señores de esa costa provenzal, donde se anidan hoy día tantos pueblos de pescadores, implorar el socorro de la lejana marina griega? No digamos que los príncipes no poseían navíos de guerra. En el estado en que se encontraba el arte naval, hubiera sido suficiente requisar algunas barcas de pesca y de comercio, o reclamar, para lograr mayor perfección, los buenos oficios de algunos calafates; cualquier población de marineros hubiese proporcionado las tripulaciones. Pero parece que el Occidente se encontraba entonces casi totalmente deshabituado a las cosas del mar, y este extraño desvío no es la menos curiosa evidencia que nos ofrece la historia de las invasiones. En el litoral de Provenza, las poblaciones situadas en la época romana a orillas de las calas, se habían trasladado hacia el interior.²¹ Alcuino, en la carta que escribió al rey y a los grandes de Northumbria, después del primer pillaje normando, el de Lindisfarne, tiene una expresión que hace meditar: “jamás”, dice, “se creyó en

²¹ E. H. DUPRAT, *A propos de l'itinéraire maritime: I Citharista, La Cioat*, en *Mém. de l'Institut Historique de Provence*, t. IX, 1932.

la posibilidad de una navegación semejante.”²² Y, sin embargo, no se trataba más que de atravesar el mar del Norte. Cuando, después de un intervalo de casi un siglo, Alfredo se decidió a combatir a los enemigos en su propio elemento, tuvo que reclutar una parte de sus marinos en (la) Frisia, cuyos habitantes estaban especializados, desde muy antiguo, en el oficio, casi abandonado por sus vecinos, de la navegación de cabotaje a lo largo de las costas septentrionales. La marina indígena no estuvo organizada hasta la época de su bisnieto Edgardo (959-975).²³ La Galia se mostró todavía mucho más lenta en saber observar más allá de sus acantilados o de sus dunas. Es significativo que el vocabulario marítimo francés en su parte más considerable, al menos en la región del Oeste, sea de formación tardía, a base de elementos del escandinavo y del inglés.

Una vez en tierra, las bandas sarracenas o normandas, así como las hordas húngaras, eran muy difíciles de detener. Sólo pueden existir condiciones de seguridad allí donde los hombres viven unos próximos a los otros; pero, en esa época, hasta en las regiones más favorecidas, la población, en relación con nuestros patrones actuales, no alcanzaba más que una débil densidad. Multitud de espacios vacíos, eriales y bosques ofrecían caminos propicios a las sorpresas. Estas espesuras pantanosas que un día ocultaron la huída del rey Alfredo, podían también encubrir el camino de los invasores. En suma, el obstáculo era el mismo con el que se enfrentan en la actualidad los oficiales que se esfuerzan en mantener la seguridad en las fronteras marroquíes o las de Mauritania. Aumentado, como es lógico, por la ausencia de toda superior autoridad capaz de vigilar con eficacia tan vastas extensiones.

El armamento de los sarracenos y normandos no era superior al de sus adversarios. En las tumbas de los vikingos, las mejores espadas son de fabricación franca; son las “espadas de Flandes”, de que hablan tan a menudo las leyendas escandinavas. Los mismos textos tocan a sus héroes con “yelmos galeses”. Los húngaros, jinetes de la estepa, eran probablemente mejores jinetes y mejores arqueros que los occidentales y, sin embargo, fueron vencidos muchas veces en batalla campal. Si los invasores poseían una superioridad militar, era mucho menos de naturaleza técnica que de origen social.

Como mucho más tarde los mogoles, los húngaros por su misma forma de vida estaban preparados para la guerra. “Cuando dos bandos son iguales por el número y por la fuerza, el más habituado a la vida nómada consigue la victoria”; la observación la hizo el historiador árabe Ib-Khaldun.²⁴ Tuvo en la Antigüedad una trascendencia casi

²² Ep. 16 (*Monum. Germ., E. E.*, t. IV), p. 42.

²³ Sobre esta lentitud en el desarrollo marítimo de Inglaterra, cf. F. LIEBERMANN, *Matrosentellung aus Landgütern der Kirche London um 1000*, en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, t. CIV, 1900. La batalla naval librada, en el 851, por los habitantes de Kent es un hecho aislado; asimismo, en este sector del litoral, las relaciones con los puertos de la Galia, dieron algo de actividad a la vida marítima.

²⁴ *Prolégomènes*, trad. SLANE, t. I, p. 291. Sobre los mogoles, véanse las acertadas observaciones de GRENARD en *Annales d'hist. écon.*, 1931, p. 564, del que hemos tomado algunas expresiones.

universal: al menos, hasta el día en que los sedentarios pudieron llamar en su auxilio los recursos de una organización política perfeccionada y de un armamento científico. Es que el nómada es un "soldado nato", siempre dispuesto a salir de expedición con sus medios ordinarios, su caballo, su equipo y sus provisiones; poseyendo un instinto estratégico, muy raro, por lo general, en los sedentarios. En cuanto a los sarracenos, y, sobre todo, los vikingos, sus destacamentos estaban expresamente constituídos para la lucha. ¿Qué podían, frente a esas tropas curtidas, las levadas improvisadas, reunidas en el último momento por todo el país ya invadido? Compárese, en los relatos de las crónicas inglesas, el entusiasmo del *here* —el ejército danés— con la torpeza del *fyrð* anglosajón, pesada milicia de la que sólo se puede obtener rendimiento, si ha de ser algo prolongado, permitiendo, por un sistema de relevos, el retorno periódico de cada hombre a su tierra. Estos contrastes, a decir verdad, sólo fueron particularmente vivos al principio. A medida que los vikingos se transformaban en colonos y los húngaros, alrededor del Danubio, en campesinos, nuevas preocupaciones dificultaron sus movimientos. Además, el Occidente con su sistema de vasallaje o de feudos tuvo pronto una clase de combatientes profesionales. La incapacidad de este mecanismo, montado para la guerra, para proporcionar los medios de una resistencia verdaderamente eficaz, dice mucho acerca de sus defectos internos.

¿Consentían realmente en batirse estos soldados de oficio? "Todo el mundo huye", escribía en el 862 o poco después el monje Ermentario.²⁵ De hecho, hasta en los hombres en apariencia mejor preparados, los primeros invasores parecen haber producido una impresión de terror pánico cuyos efectos paralizantes evocan los relatos de los etnógrafos sobre la huida desatinada de ciertas tribus primitivas —por otra parte muy belicosas—, ante la presencia de todo extranjero:²⁶ valientes frente al peligro que les es familiar, las almas rudas son de ordinario incapaces de soportar la sorpresa y el misterio. El monje de Saint-Germain-des-Prés que relató, poco después del acontecimiento, la incursión por el Sena de las bandas normandas en el 845, observa con acento confundido "que nadie hasta entonces oyó hablar de una cosa parecida ni leído nada semejante en los libros".²⁷ Esta emotividad estaba fomentada por la atmósfera de leyenda y de apocalipsis que inundaba las mentes. En los húngaros, según Rémi de Auxerre, "innumerables personas" creían reconocer los pueblos de Gog y Magog, anunciadores del Antieristo.²⁸ La idea misma, extendida universalmente, de que estas calamidades eran un castigo divino predisponía a inclinarse mansamente ante los hechos. Las cartas que Alcuino expidió desde Inglaterra después del desastre de Lindisfarne, no son más que exhortaciones a la virtud y al arrepentimiento; pero, de la organización de la resistencia, ni una palabra. Sin embargo, los ejem-

plos de cobardía verdaderamente probada corresponden al período más antiguo; más tarde, se adquirió algo más de presencia de ánimo.

La verdad profunda es que los jefes eran mucho más capaces de combatir, si su propia vida o sus bienes estaban en juego, que de organizar metódicamente la defensa y —con pocas excepciones— de comprender las relaciones entre el interés particular y el general. Ermentario no se equivocaba cuando, entre las causas de las victorias escandinavas, colocaba, junto a la pusilanimidad y el *embotamiento* de los cristianos, sus *disensiones*. Que los bandidos del Freinet viesan a un rey de Italia pactar con ellos; que otro rey de Italia, Berenguer I, tomase a su servicio a los húngaros y un rey de Aquitania, Pipino II, a los normandos; que los parisienses lanzasen, en el 885, a los vikingos sobre la Borgoña; que la ciudad de Gaeta, durante mucho tiempo aliada de los sarracenos del Monte Argento, consistiese sólo a cambio de tierras y de oro en prestar su apoyo a la liga formada para expulsar a estos bandidos: estos episodios, entre tantos otros, lanzan una luz particularmente cruel sobre la mentalidad común. A pesar de todo, ¿los soberanos se esforzaban en luchar? Con demasiada frecuencia, la empresa acababa como, en 881, la de Luis III, que habiendo construido un castillo junto al Escalda para cerrar el camino a los normandos, "no pudo encontrar nadie para guardarlo". Para la generalidad de las huestes reales, se puede repetir lo que, no sin un cierto optimismo, decía un monje parisiense de la leva del 845: de los guerreros convocados acudieron muchos, pero no todos.²⁹ Más sintomático es aún el caso de un Otón *el Grande*, que siendo el monarca más poderoso entre los de su tiempo, no consiguió nunca reunir la pequeña hueste con la que poner fin al escándalo del Freinet. Si, en Inglaterra, los reyes de Wessex, hasta el hundimiento final, llevaron con valentía y con eficacia el combate contra los daneses; si, en Alemania, Otón actuó del mismo modo contra los húngaros, la única resistencia acertada en el conjunto del Continente surgió más bien de los poderes regionales, que, más fuertes que las monarquías por estar más próximos a la materia humana y menos preocupados por las grandes ambiciones, se constituían lentamente por encima de la polvareda de los pequeños señorios.

Por rico en enseñanzas que sea el estudio de las últimas invasiones, no hay que dejar que sus lecciones nos oculten un hecho más considerable todavía: la detención de las propias invasiones. Hasta entonces, estos estragos causados por las hordas venidas de fuera y los grandes movimientos de pueblos dieron su verdadera trama a la historia de Occidente quedará exento. A diferencia, o poco menos, del resto del mundo. Más tarde, los mogoles y los turcos no harán otra cosa que rozar sus fronteras. Ciertamente, existieron discordias, pero internas. De lo que se deriva la posibilidad de una evolución cultural y social mucho más regular, no interrumpida por ningún ataque exterior ni por ningún aflujo humano procedente del extranjero.

²⁵ *Monuments de l'histoire des abbayes de Saint-Philibert*, ed. POUPARDIN, p. 62.

²⁶ Cf., por ejemplo, L. LÉVY-BRUHL, *La mentalité primitive*, p. 377.

²⁷ *Analecta Bollandiana*, 1883, p. 71.

²⁸ MIGNE, *P. L.*, t.CXXXI, col. 966.

²⁹ *Analecta Bollandiana*, 1883, p. 78.

Véase, por contrase, el destino de Indochina donde, en el siglo XIV, el esplendor de los Chams y de los Khmers se hundió a causa de las invasiones anamitas o siamesas. Y más cerca de nosotros, véase el ejemplo de la Europa Oriental, batida por los pueblos de la estepa y por los turcos casi hasta nuestros días. Piénsese un minuto en cuál hubiera sido la suerte de Rusia sin los Polovtsi y los mogoles. Podemos pensar que esta extraordinaria inmunidad, privilegio que sólo hemos compartido con el Japón, fue uno de los factores fundamentales de la civilización europea, en el sentido justo y profundo de la palabra.

LIBRO SEGUNDO

CONDICIONES DE VIDA Y ATMOSFERA MENTAL

CAPITULO I

CONDICIONES MATERIALES Y ASPECTO ECONOMICO

I. LAS DOS EDADES FEUDALES

La armazón de instituciones que rige una sociedad no podría, en última instancia, explicarse más que por el conocimiento del medio humano por entero. Pues la ficción de trabajo que, en el ser de carne y hueso, nos obliga a recortar estos fantasmas: *homo oeconomicus*, *philosophicus*, *juridicus*, sin duda es necesaria, pero soportable sólo a condición de no dejarse engañar. Es por lo que, a pesar de la presencia, en esta misma colección, de otros volúmenes consagrados a los diversos aspectos de la civilización medieval, nos ha parecido que las descripciones así emprendidas bajo ángulos diferentes del nuestro, no podían dispensar de recordar aquí los caracteres fundamentales del clima histórico que fue el del feudalismo europeo. ¿Hay necesidad de añadirlo? Insertando esta exposición casi en cabeza del libro, no se piensa en absoluto en postular, a favor de las órdenes de hechos que en él se relatarán brevemente, ninguna clase de ilusoria primacía. Cuando se trata de confrontar dos fenómenos particulares, pertenecientes a series distintas —una cierta repartición del hábitat, por ejemplo, con ciertas formas de los grupos jurídicos—, el delicado problema de la causa y del efecto se plantea con seguridad. Por otra parte, poner frente a frente, a lo largo de una evolución varias veces secular, dos cadenas de fenómenos, diferentes por naturaleza, y después decir: “he aquí, en este lado, todas las causas; en el otro, véanse todos los efectos”, sería algo desprovisto en absoluto de sentido. La sociedad, como el espíritu, ¿no está tejida por perpetuas interacciones? Sin embargo, toda investigación tiene su eje propio. Puntos de llegada para con respecto a otras investigaciones centradas de otra manera, el análisis de la economía o de la mentalidad son, para el historiador de la estructura social, un punto de partida.

En este cuadro preliminar, de objeto limitado a propósito, será forzoso no retener más que lo esencial y lo menos sujeto a duda. Entre